



OBRA Y PENSAMIENTO DE DOMINGO FITA

Por M.^a ASUNCIÓN SOLER

Domingo Fita, en su refugio de Sarriá de Dalt —antigua casa de labor remozada y decorada al gusto del artista—, trabaja constantemente. Su vida es orden y autodisciplina, apuntando “hacia arriba”, como los cipreses que se yerguen cabe su casa y que son visibles desde la terraza a la que se abren las ventanas de su taller.

Domingo Fita, al que la muerte quiso derrotar, no es un hombre derrotado. A la muerte le ganó la batalla y sabe que vivir es un don de Dios, precioso, que no debe despreciarse. Adivinamos, en él, un espíritu ascético, no obstante. Vivir es la eterna satisfacción por todo lo hecho, ni el estar a cubierto de las necesidades, cosa que ciega todo estímulo, sin darse cuenta, cada día, del valor de los actos a realizar; sentirse capaz de llevar a cabo “su obra”, con severidad, buscando la armonía entre ella y su concepción del arte.

Fita es hombre espiritual. Sin duda que, al asomarse a las ventanas de su taller, da gracias a Dios por la belleza que ha puesto a su alrededor y por haberle hecho artista. Es más, por ser un artista, tal como es, dedicado al arte de la Iglesia, capaz de crearlo muy digno, en este sentido.

FITA: "Quisiera ser voz de la Iglesia en el Arte. En otro tiempo la Iglesia ha tenido a los artistas a su lado. Ahora, cada artista vive su aventura al margen de la Iglesia. También es verdad que lo que interesa a la Iglesia son los hombres y no el arte aislado. Creo que vendrá esta unión de los artistas a la Iglesia y esto puede dar un nuevo matiz al arte. Al decir Iglesia, no pienso en la jerarquía sino en el pueblo y en la conciencia cristiana del artista".

La voluntad de Fita aunque siente y realiza obras en general, es continuar por este camino. En él lleva conseguida una obra extensa: esculturas de Vírgenes y santos en piedra, en gres, en hierro forjado; plafones en pirograbado y vitrales policromados. Todo ello esparcido en las Iglesias de las cuatro provincias catalanas y perfectamente asequible, dentro de una línea sobria —que es su principal característica—, limpia de barroquismos, pero con todo lo necesario para ser captado por el pueblo.

FITA: "Concibo el arte para el hombre y no el arte por el arte. Aunque la segunda posición no sea posible, porque el arte siempre tiene consecuencias para el hombre. Me gustaría poseer una visión sobrenatural de la vida y dirigirme desde ahí hacia el hombre y a todas sus cosas".

Estas palabras se evidencian en sus imágenes. El cincel es su propia voz y pone de manifiesto todo cuanto nos dice, en sus creaciones. Puede decirse de él que es fiel a sí mismo. Sin embargo siente la preocupación de ser o no ser comprendido.

FITA: "Nuestro tiempo ha adquirido la "libertad plástica" que es, quizás, su mejor riqueza, pero la aplicación de esta libertad debe, aún, ponerse a prueba. Digo esto porque, mientras el arte ha ido encontrando nuevos derroteros, el pueblo sólo alcanza sus consecuencias en un grado muy pequeño".

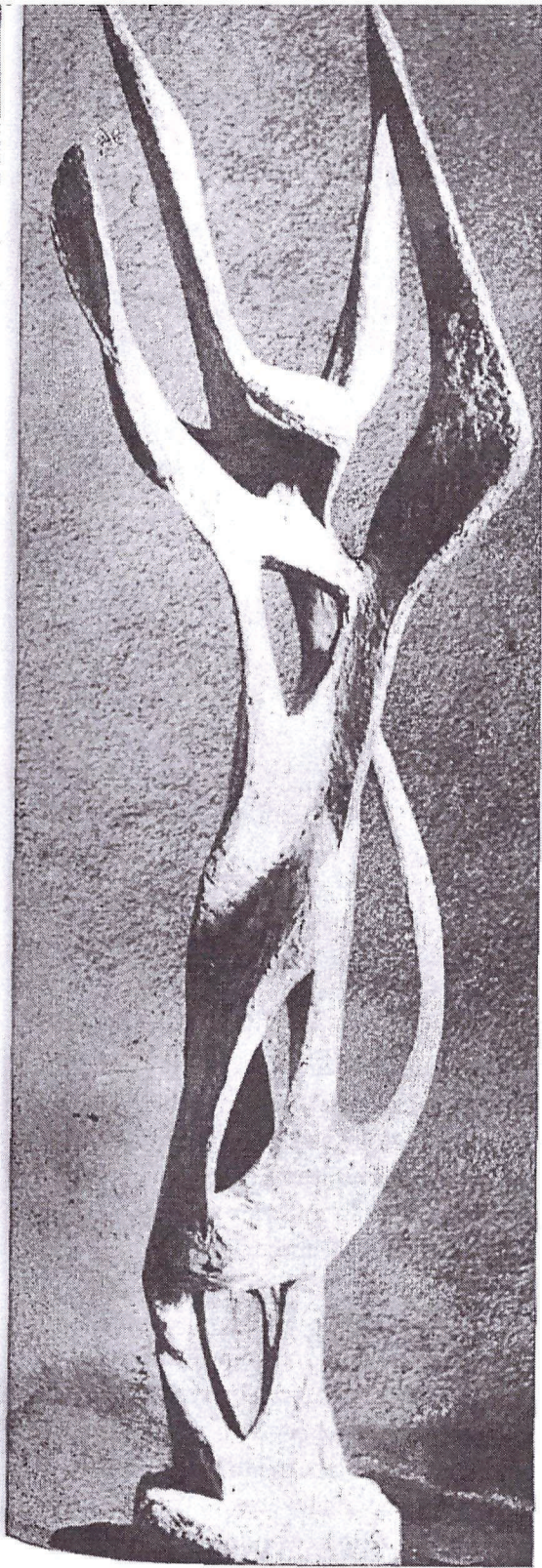
Indudablemente el artista se refiere a lo difícil que resulta a las gentes asimilar el arte actual, descifrar el mensaje de las modernas creaciones. Tal vez piense, concretamente, en sí mismo, por la preocupación antes apuntada. Fita es un escultor muy discutido y él lo sabe. La inmensa mayoría de la gente devota es aún amante de lo barroco y sus figuras severas, aparentemente simples de concepción, son motivo de controversia. Ello le hace expresarse en términos concluyentes:

FITA: "El artista no ha de crearse una falsa posición frente a la sociedad. Hemos de hacernos dúctiles dándole lo mejor, sin rebeldía, sino con persuasión, esgrimiendo los mejores argumentos en favor de nuestra obra, lo cual no implica, en modo alguno que, tengamos que desvirtuar nuestra ascética artística".

Dentro de su propio estilo, nuestro hombre tiende a evolucionar, siendo siempre Fita, para conseguir los fines que se propone al crear. Quizás esta evolución signifique, un poco, la huida de un estilo ya propio y definido. Da la sensación de que no quiere encasillarse, estancarse, dormirse sobre los laureles conseguidos. Su fuerza creadora le empuja, constantemente, a buscar nuevos horizontes recurriendo, claro está, siempre a las nuevas corrientes en las cuales, sin lugar a dudas, está situado. Hay que ir más allá puesto que según él es el hombre quien crea el arte, quien lo encuentra. Sólo el hombre puede seguir el camino más conveniente a sus fines y el que mejor encaje dentro su propio sentir.

FITA: "Lo que me atrae en arte no es el camino intelectual sino el emotivo, el sensible, sea figurativo o abstracto. No quiero decir, con esto, que menosprecie el razonar, pero prefiero sentirme libre de ataduras para poder darlo, constantemente vivo. No me interesa hacer de mi arte un movimiento esteticista controlado como si trajera, premeditado, lo que corresponde a sus sucesivas etapas. Para mí, cada obra viene ligada por su función y situación. La plasticidad se enriquece con la gran libertad de recursos a escoger según un determinado fin; todo es válido cuando se trata de ganar en expresión.

Tal vez la parte menos conocida de la obra de Fita la constituyan los vitrales policromados. En ellos la imaginación creadora del artista se desborda en una fantasía colorística que le permite conseguir efectos decorativos acordes con la actual línea arquitectónica de las iglesias. Sabemos cómo el artista prepara, minuciosamente sus obras. Todas ellas son fruto de un estudio detallado y profundo, de las mismas; que no confía nada al azar y los vitrales están estructurados, sin duda, pensando en que su función no es sólo decorar, sino tamizar la luz que por ellos penetra. Y esta luz no debe cegar el espíritu, antes bien predisponerlo al recogimiento,



pero alejando las tinieblas que fueron, por mucho tiempo, el ideal de los constructores de templos. En ellos no imita escuela alguna.

FITA: "La aventura estética, el lanzarse al análisis de los movimientos, da una cierta vulgaridad a la expresión y la obra llega a ser, más que una obra espiritual, un hecho intelectual. Interesa el análisis para excitar y despertar las posibilidades personales, pero hay que trascender a valores más artísticos. Estoy de acuerdo con Mondrian y Van Doesberg que predicaban la coordinación de la pintura, escultura y arquitectura, haciendo, de ellas, un lenguaje universal. La personalidad individual se limitaría, entonces, a servir un principio general".

Así el arte se convertiría en arte para todos, no en algo sólo asequible a los poderosos, en algo que sólo puede verse en los museos o exposiciones y sería, al mismo tiempo, un medio incomparable de educación de las masas por su lenguaje universal. Esto, que ya se logró en una época determinada, en nuestro tiempo, por un exceso de teoría y de individualidades ha venido a parar en una falta de sentido colectivo. No se admite, por ejemplo, que una iglesia no sea gótica y se imita el gótico dando a estas construcciones, los aires de nuestro tiempo, el aspecto de lo anacrónico en su época decadente. Fita conjuga admirablemente su obra con la tendencia sobria del arte actual, y valora mucho más la función que la teoría.

FITA: "Es curioso observar que casi todos los movimientos teóricos se han interesado, más que por la obra como fin, por la obra como un medio para servir a su teoría. En cambio a mí, me interesa la obra por sí misma. Me interesa una teoría sin limitaciones, pues por el sólo hecho de afirmar una posición, la obra no acaba de ser universal sino que está limitada a lo intelectual".

El secreto de la obra de Fita se halla en sus propias palabras. Su estilo personalísimo, inconfundible, se debe a la amplitud de horizontes dentro de la cual se concibe y se realiza. Sin embargo ya hemos dicho que se atiende a una técnica y que no deja ningún cabo suelto. Trabaja sin limitaciones pero consciente de que, su labor ha de servir para algo más que para simple decoración. Su interés se dirige hacia la parte comunicativa que puede tener su obra y, a este respecto, procura darle un tono de sinceridad que se descubre, principalmente, en sus esculturas. El que, por primera vez se enfrenta con el "Cristo yacente", en mármol, que se muestra a todo visitante en el ábside catedralicio, comprende las grandes posibilidades del escultor, la perfección de que es capaz. El sello inconfundible de su autor, hace pensar que éste ha llegado ya al

cenit de su labor y que esta obra bastaría para consagrarle entre los grandes del cincel. Pero él va mucho más allá y está seguro de no haber llegado aún a la mitad del camino. Por todo cuanto nos ha dicho sabemos que, en efecto, su ilusión es hacer algo más grande. Sin embargo ha conseguido representar la humanidad de Cristo sin que en ella deje de estar presente su divinidad. Representar a Cristo-Hombre es fácil y lo han hecho, algunos, sin ahorrar detalles desagradables. Representar a Cristo-Dios en líneas vigorosas y certeras es más difícil. A nuestro hombre, como artista de la Iglesia, ligado a la Iglesia, no le cabría ya esperar una obra mejor. Sin embargo, incansable, nos dará todavía mucho más. Esperemos que sea así.